

## EL PAPEL DE LA OTAN. LOS EFECTOS DE LA GUERRA

**Carlos Taibo**

Profesor de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Madrid

*Ponencia transcrita*

Buenas tardes. Muy probablemente esta segunda participación mía en el ciclo responde al propósito de rematar la tarea que inicié hace tres semanas y ocuparme de manera muy singular del principal de los agentes internacionales que han operado en el núcleo del conflicto de Kosova, de la OTAN. A lo largo de los próximos minutos intentaré trasladarles mi visión de lo que es hoy la OTAN, cuál ha sido su papel concreto en el conflicto de Kosova, en qué medida ha resuelto o enmarañado más los conflictos y cuál es el futuro que tal vez se avecina tanto en Kosova como en el marco de las relaciones internacionales tras los cambios verificados en la propia oposición de la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

Primera cuestión, entre nosotros y en virtud sobre todo de las declaraciones de los políticos se ha extendido la idea de que la OTAN ha cambiado mucho en los últimos años de tal suerte que si hace 10 o 15 había razones para rechazarla hoy esas razones han ido desapareciendo. Yo tengo la sospecha de que el argumento es muy débil, o lo que es lo mismo, de que cuando uno se lanza a la tarea de identificar los signos de la textura de hoy de la OTAN, lo que descubre es que la OTAN no ha cambiado tanto como parece. Y al respecto se me ocurre que pueden aducirse numerosos argumentos, numerosas observaciones. El primero probablemente se sentiría tentado de rechazar una visión muy común que puede sugerir que la OTAN cambió en su momento, hace 10 años, la que era la principal de sus doctrinas, la llamada doctrina de la defensa adelantada, al tiempo que procedía a prescindir de una modalidad entera de armas nucleares, las llamadas armas nucleares tácticas. Y no se trata en este caso que semejante aseveración sea mentira, una y otra cosa son verdad. Lo que ocurre es que semejantes cambios se verificaron antes de que el propio Pacto de Varsovia desapareciese, algo que muy probablemente aconseja rebajar sus dimensiones. ¿Por qué la OTAN prescindió de las llamadas armas nucleares tácticas? Pues por una razón muy sencilla: éstas son las armas nucleares de más corto radio de alcance y era lo suyo que apenas sirviesen en el nuevo escenario derivado de la retirada de las tropas soviéticas en Alemania Oriental, Polonia, Checoslovaquia o Hungría. Si estuviese aquí un portavoz de la OTAN, probablemente sugeriría también que la Alianza Atlántica ha tenido mucho que ver con el proceso de desarme, verificado en los 10 o 12 últimos años. En este caso creo que lo más razonable es cuestionar la idea principal: el desarme es uno de los grandes mitos contemporáneos. Lo que se ha verificado en los últimos años ha sido antes bien un proceso mucho menos ambicioso, mucho más humilde de control de armamentos. Al cabo de tantos pasos históricos dados en el camino del desarme, como reza la propaganda de los medios de comunicación, hoy nos encontramos con una realidad que estimo que es más bien mezquina: si alguno de ustedes tuvo en su momento la oportunidad de leer ese tipo de trabajos que subrayaban 20 años atrás cómo los arsenales nucleares a disposición de las grandes potencias estaban en condiciones de acabar entre 15 y 17 veces con la vida presente en el planeta, al cabo de esos pasos históricos que se nos cuenta se han dado en el camino del desarme, hoy esos arsenales sólo están en disposición de acabar entre 5 y 7 veces con la vida presente en el planeta. Acaso el cambio no es tan significativo como los medios de comunicación acaban por sugerir.

Si estuviese aquí un portavoz de la OTAN, y por emplear un tercer argumento, subrayaría que la Alianza desenvuelve tareas estrictamente europeas cuando se trata de encarar misiones que en la jerga se califican de regionales y en cambio retoma su tradicional dimensión atlántica cuando las misiones exhiben una mayor enjundia. Tampoco se trata en este tercer caso que las cosas sean así, la OTAN es hoy probablemente una organización mucho más flexible de lo que lo fue en el pasado, pero eso nada nos dice con respecto a sus principios de fondo, a su compromiso con causas justas. Que sea más eficaz de lo que lo era en el pasado, probablemente es una fuente más de inquietudes que de tranquilidad. Otro de los elementos que podríamos analizar en este rapidísimo repaso de datos que nos incitan a pensar si las cosas han cambiado o no es el que nos recuerda que la OTAN se ha ampliado en 1997 incorporando a tres nuevos estados de Europa Central: a Polonia, a la República Checa y a Hungría. Si desbrozamos el camino y eliminamos la retórica oficial de la propia Alianza, descubriremos que el elemento fundamental que ha guiado esa ampliación no ha sido otra cosa que fortalecer a la OTAN, como no podía ser menos, aprovechando la debilidad momentánea o no momentánea de la Federación Rusa, que se sigue antojando el principal de los rivales de la Alianza Atlántica.

Yo he subrayado muchas veces que esa ampliación era francamente prescindible. Si la OTAN estaba realmente interesada en acrecentar la seguridad de países sometidos a historias recientes muy trágicas, como es el caso de Polonia, de la República Checa o de Hungría, lo suyo es que se hubiese acelerado el camino de incorporación de esos países a la Unión Europea, algo que supongo hubiese garantizado en plenitud sus exigencias en materia de seguridad, pero en este caso nos encontramos ante una medida muy delicada que bien puede producir el efecto contrario al deseado. Lo he dicho un millón de veces: si el esfuerzo teórico se encaminaba a acrecentar la seguridad de estos países nos encontramos con la paradoja de que, al incorporar estos países a la OTAN, los sectores más ultramontanos en Rusia encuentran argumentos adicionales para defender sus posiciones y acaso esto está llamado precisamente a generar problemas en la seguridad de estos tres países teóricamente beneficiarios del proceso.

Si se trata de mencionar un quinto dato habrá que recordar que la OTAN, en los últimos años, ha acuñado un concepto muy inquietante como es el de acciones fuera de área; el concepto del área propia de la OTAN era un concepto inserto en su filosofía, acuñada en la etapa de la guerra fría y que dibujaba un ámbito geográfico de estricta acción fuera del cual, la OTAN no podía intervenir. De un tiempo a esta parte, la OTAN ha prescindido de ese concepto matriz y ha ideado este otro de acciones fuera de área que están llamadas a permitir que, al tiempo que se satanizan los presuntos objetos de las intervenciones, éstas se produzcan lejos de las fronteras iniciales. Creo que en este caso la OTAN no está haciendo otra cosa que dar un paso hacia atrás e incorporar nuevos elementos que no pueden generar sino zozobra en un mundo bien necesitado de otras actitudes.

Si se trata, por citar un sexto dato, de calibrar cuál ha sido la política de la OTAN en relación con los que acaso han sido los dos conflictos bélicos más significativos en nuestro entorno más reciente, la Guerra del Golfo y el conflicto en Bosnia-Herzegovina, habrá que convenir que el registro de la OTAN en ambos conflictos no es precisamente halagüeño. En el primero, aunque no intervino como agente estatutariamente interviniente, la OTAN sirvió con claridad a los designios de los Estados Unidos en lo que no era sino una aplicación más del principio del doble rasero que aconsejaba castigar a Irak por su intervención en Kuwait, pero que invitaba a desoír las mismas necesidades en otros casos muy numerosos en estados aliados del mundo occidental que incumplían un sinfín de resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. En el segundo, y pese a toda la parafernalia, lo suyo es recordar que la OTAN intervino en Bosnia-Herzegovina en septiembre de 1995 cuando el genocidio estaba consumado y que, al calor de la intervención de la OTAN, lo que se

produjo fue un acuerdo de paz, el de Dayton, que legitimó el grueso de los resultados de la guerra en la forma por ejemplo de la dramática gestación de una república Serbia de Bosnia, a la que sólo se le otorgó el 49% del territorio. La intervención de la OTAN en Bosnia ha servido además para gestar una alianza vinculada en exclusiva con el intervencionismo humanitario y completamente alejada de sus cometidos tradicionales de siempre.

El entorno general de la OTAN, por citar un séptimo y último dato, es el de la principal organización de seguridad de algunos de los países más ricos del planeta por mucho que esto se olvide a menudo. La OTAN ha servido con claridad para preservar gastos altos de Defensa, para mantener en pie industrias de armamento muy lucrativas, para alentar el desarrollo del comercio de armas y para propiciar una militarización de muchas naciones en el planeta... Haríamos muy mal en olvidar lo que la OTAN ha sido siempre: la principal de las organizaciones de seguridad de algunos de los países más ricos del planeta. Subrayaba su vinculación con un fenómeno de genérica militarización en el planeta y ahora debía agregar que su relación con la democracia tan cacareada no deja de ser problemática: la mención de lo que fue Portugal, con Oliveira de Salazar, como miembro de pleno derecho de la OTAN, de la Grecia de los coroneles, o de la Turquía de hoy en día, obliga a recelar de esa supuesta identificación.

Si yo tuviese que agregar una explicación de porqué yo entiendo que los cambios en la OTAN no han sido tan poderosos como la retórica oficial anuncia, esa explicación se me antoja sencilla: hasta el año 1993 creo que la OTAN simplemente no dio crédito a lo que estaba pasando en el conjunto de la Europa central y oriental, de manera más singular a la desintegración del Pacto de Varsovia y a la disolución del esquema alentado por la Unión Soviética a partir de 1945. En los años siguientes a 1993 lo que creo que se impuso fue la idea de que en Rusia estaba recuperando peso un discurso imperial, algo que era medianamente cierto en alguna de sus dimensiones y que aconsejaba a los ojos de los estrategas de la OTAN preservar muchos de los contenidos tradicionales.

En virtud de una circunstancia y de la otra, solapadas cronológicamente, me parece que el escenario inicial en el que se verificó la intervención de la OTAN en Kosova no es otro que el de una alianza que preservó el grueso de sus contenidos de antaño por mucho que la mitología oficial nos haya inducido a pensar otra cosa.

La segunda observación que quiero hacer es cuál es mi visión general de los rasgos que ofreció la intervención de la OTAN en Kosova a partir del 24 de marzo de 1999. La primera observación que quiero hacer creo que ya tuve la oportunidad de realizarla hace aquí tres semanas al calor de una pregunta. El argumento esgrimido por los portavoces de la OTAN para justificar la intervención decía escuetamente que ésta se orientaba a restaurar el vigor pleno de Derechos Humanos conculcados en Kosova. La mayoría de los que estáis aquí sabéis que mi visión de los hechos no pone en duda que los Derechos Humanos más básicos han sido conculcados en Kosova desde 1989. Pero creo que hay que mantener las distancias con respecto a la retórica oficial de la OTAN. Mencioné hace tres semanas que en el mes de abril tuve la oportunidad o la desgracia, según se mire, de compartir una mesa redonda con el Ministro español de Defensa, Eduardo Serra, y que después de la mesa redonda, en "petit comité", le trasmití la pregunta de si él sostenía en serio que la OTAN estaba interviniendo en Kosova para restaurar el vigor de derechos conculcados. Y me dijo rápidamente sin pensarlo que no, que él sabía que el propósito de las acciones de la OTAN se vinculaba, esto lo digo yo, no lo dijo él, pero era la inferencia inmediata, con los contenidos tradicionales de la organización, la necesidad de preservar lo que llaman la estabilidad en la región de los Balcanes meridionales de tal suerte que, agregó, si la OTAN estuviese interesada en preservar derechos humanos estaría interviniendo en un sinnúmero de escenarios del planeta. Si el objetivo de la intervención no fue restaurar el

vigor de los derechos humanos, cuáles fueron los objetivos. Yo creo que, en una rápida enunciación, uno de ellos bien pudo ser restaurar la imagen muy degradada de la Alianza Atlántica, toda vez que el muy inteligente e ingenioso de su secretario general había empleado parte de su tiempo en los meses anteriores a amenazar al régimen serbio de tal suerte que ninguna de las amenazas proferidas se convertía en hechos reales. Eso se había traducido por lógica en un creciente descrédito de la organización que presidía.

Un segundo objetivo estribaba muy probablemente en evitar una extensión previsible del conflicto kosovar a la vecina y meridional Macedonia. Y estribaba en esto fundamentalmente por una razón, porque todos los pronósticos relativos a una eventual guerra civil en Macedonia, anunciaban riesgos muy claros de intervención de los países aledaños: de Albania, de Serbia, de Bulgaria, y en particular, de Grecia. Algo que hubiera podido generar un conflicto abierto dentro de la propia OTAN, a la manera de una confrontación entre Grecia y Turquía.

Un tercer propósito de las acciones militares de la OTAN era responder al creciente designio de los Estados Unidos de Norteamérica de dejar bien sentado cuál es la única gran potencia que rige hoy los destinos del planeta, algo que creo tiene fiel reflejo en el hecho de que el proceso de decisiones correspondiente se desarrolló prácticamente en exclusiva en ese país.

Si tengo que agregar un cuarto y último argumento diré que el conflicto de Kosova fue un escaparate interesantísimo para los últimos productos de la industria de armamentos, algo que en este caso atestigua esa auténtica feria que se montó en la base militar de Aviano y a la que acudieron, como es lo suyo, los jeques saudíes a apreciar la idoneidad de los nuevos productos generados por la industria de armamentos occidental.

Si mi análisis es correcto, y estos cuatro fueron algunos de los objetivos de las acciones militares de la OTAN, está servida la conclusión de que los derechos humanos no se encontraban entre ellos. Vuelvo a repetir en este caso la argumentación de Serra: si la OTAN realmente estuviese interesada en la preservación de derechos humanos estaría interviniendo en el Sahara Occidental para exigir que el reino de Marruecos convoque de una vez por todas un referéndum de autodeterminación en condiciones, estaría interviniendo en Palestina para exigir al Estado de Israel que dé satisfacción a un sinnúmero de resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que ha decidido olvidar, estaría interviniendo, y creo que el ejemplo es más pertinente aún que los anteriores, en el Kurdistán, donde un genocidio de perfiles muy semejantes al Kosovar se ha desarrollado con sujeto agente de un Estado, Turquía, que es miembro de pleno derecho de la Alianza Atlántica.

Una segunda observación que creo es conveniente realizar, aunque en este caso es muy manida, sobre la intervención de la OTAN en Kosova se desarrolló como bien saben por completo al margen del sistema de Naciones Unidas. No sólo eso, un trasunto de lo que acabo de afirmar hace unos momentos, vuelvo a recordar que instancias que deberían tener, cabe suponer, su voz y voto al respecto, como la Unión Europea, desempeñaron un papel dramáticamente marginal en la articulación o en su caso en la contestación de la intervención. Esto es inquietante, y lo es quieras o no quieras por una razón: si la OTAN decidió otorgarse un derecho ilimitado de intervención al margen del sistema de Naciones Unidas, no hay ningún motivo para que de ahora en adelante semejante derecho se le niegue a otros estados miembros de Naciones Unidas. Si China, Rusia o el Congo belga deciden intervenir en los estados limítrofes acogiéndose al mismo tipo de principios que han regulado la intervención de la OTAN en Kosova, tendremos que las frágiles reglas estatuidas al amparo del sistema de Naciones Unidas se están desvaneciendo de manera dramática al compás del capricho de los de siempre, de los poderosos del planeta.

Una tercera observación que se me antoja pertinente a la hora de analizar lo ocurrido en Kosova desde el 24 de marzo es la que me obliga a recordar que el registro de los estados miembros de la OTAN en manera de tratamiento de los conflictos post-yugoslavos y singularmente del conflicto Kosovar es cualquier cosa menos edificante. En las políticas correspondientes faltaron desde el principio medidas de prevención de los conflictos, se desoyeron sistemáticamente las demandas de ese movimiento de desobediencia civil albanokosovar al que me referí tres semanas atrás, se hizo otro tanto con las reivindicaciones de la oposición pacifista y democrática en Serbia, una de cuyas representantes también tomó asiento en esta mesa, se enaltecó la figura del presidente serbio Milosevic en 1995 al calor del Tratado de Dayton con consecuencias dramáticas que ya tuve la oportunidad de glosar, y se fueron cerrando poco a poco las puertas a otras medidas que acaso hubiesen sido más eficientes y más generadoras de prosperidad para la región. Muchas veces me he preguntado si en Rambouillet, en vez de optar por el despliegue de 28.000 soldados armados en el marco de la OTAN, se hubiese optado por el despliegue de 28.000 observadores desarmados en el marco de la OSCE, si eso no hubiese acabado por generar muchísimos más problemas para el régimen serbio y si el sentido final de la acción no hubiese respondido de manera mucho más rotunda a los objetivos de paz, libertad y justicia que teóricamente le inspiraban. El registro por tanto de nuestros países en materia de tratamiento del conflicto es cualquier cosa menos edificante, y haríamos muy mal en olvidar esta circunstancia.

Una observación más que se me ocurre en relación con las acciones de la OTAN es la que me obliga a subrayar su notable impericia técnica, algo que cuadra perfectamente con la condición intelectual, el cociente de inteligencia de su secretario general. A qué me estoy refiriendo. La única persona en el planeta que podía ignorar que la respuesta previsible de un régimen como el de Milosevic a los bombardeos de la OTAN sería el despliegue de una nueva operación salvaje de limpiezas étnicas en Kosova era el señor Solana. Esto fue lo que ocurrió a partir del 24 de marzo. El hecho de que la OTAN se permitiese desarrollar una acción militar en toda regla ignorando por completo el paradero del principal dirigente político albanokosovar Ibrahim Rugova me aconseja pensar que las operaciones fueron notablemente improvisadas. El hecho de que en el mes de mayo se nos ofreciesen en las pantallas de televisión borrosísimas fotos de presuntas fosas comunes en un lugar de Kosova desmiente por completo la propaganda oficial que nos hizo pensar años atrás que los satélites norteamericanos estaban en condiciones de fotografiar la matrícula de un coche en una calle de Moscú o de Kiev. Porque las fotos, repito, no podían ser más borrosas y su carácter de prueba documental no podía ser más precario. El hecho, en fin, de que a lo largo del conflicto se multiplicasen lo que con eufémica expresión los portavoces de la OTAN llamaron efectos colaterales me obliga de nuevo a situarme en la misma contestación de la pericia técnica de los ataques.

He subrayado muchas veces que hay un terreno concreto en el que, sin embargo, de manera muy significativa, la OTAN demostró una enorme pericia: ni uno solo de sus soldados falleció en combate, algo que me hace pensar que cuando las cosas interesan las circunstancias se mueven de manera diferente. He recordado muchas veces la broma de Colush, el humorista francés, que hacía un recorrido histórico por los conflictos bélicos del siglo XX y más o menos iba diciendo: en la 1ª Guerra Mundial el porcentaje de víctimas civiles fue de un 17%, en la 2ª de un 36%, en la guerra de Suez de un 44%, en la guerra del Golfo de un 75%, y concluía diciendo, en la próxima guerra habrá que ser militar, porque los únicos que no mueren ahora en los conflictos bélicos son los militares profesionales.

Agregaré una observación más que en este caso no es sino una repetición de algo que escuché decir en esta misma mesa en labios de Arcadi Oliveres, algo relativo a la dimensión y al empleo de la ayuda española gestada al calor del conflicto de Kosova.

Porque creo que es muy ilustrativo de la visión que nuestros gobiernos tienen de sus tareas. En un principio, y por lo que Arcadi Oliveres contaba, el gobierno español decidió asignar 8.000 millones de pesetas a ayuda humanitaria. Al final la ayuda ascendió a 8.600 millones de pesetas, con lo cual se incrementó en 600 millones. El grueso de esa cifra, 7.500 sobre 8.600, fue una suma asignada al Ministerio de Defensa con el propósito de fletar dos barcos con nombres tan ilustrativos como "Pizarro" y "Aragón", y enviarlos a Durres, en Albania, con la vista puesta en instalar un campo de refugiados. De esos 7.500 millones de pesetas, 1.668 se fueron en gastos de desplazamiento de los barcos, 434 en transporte aéreo complementario y nada menos que 3.500 millones en los salarios de los militares profesionales correspondientes. El efecto final de esta acumulación de datos es sencillo de calibrar: Cáritas al parecer, construyó con 200 millones de pesetas un campo de refugiados para 2.000 personas, mientras que el ejército español construyó con 8.100 millones de pesetas un campo de refugiados para 5.000 personas. El coste por persona refugiada de la operación de Cáritas fue de 100.000 pesetas, el coste por persona refugiada en los campos instalados por el ejército español fue de 1.620.000 pesetas. Creo que las cifras hablan por sí solas de una gigantesca operación de propaganda que si se refiere simplemente a los datos relativos a la ayuda humanitaria, y pongamos las comillas que procedan, podemos extender me temo a la condición general de una operación militar cuyos objetivos acaso eran bien diferentes de los que se nos anunciaron.

Tercera observación que quiero hacer. No me gustaría dejar en el tintero alguna apreciación relativa a lo que voy a llamar las visiones conspiratorias sobre las razones de fondo de la intervención de la OTAN en Kosova. Y vaya por delante que a mí no me cuesta ningún trabajo reconocer que los argumentos de fondo que esgrimen estas visiones que he calificado, si así lo quieren, he descalificado como conspiratorias son certeros. Lo que voy a subrayar es que a duras penas explican porqué la OTAN intervino en marzo de 1999 y en un escenario concreto como es Kosova. Para que vean a que me estoy refiriendo, voy a intentar glosar de manera muy rápida algunas de esas explicaciones conspiratorias. Una de ellas nos vino a decir que el objetivo de fondo de las acciones militares de la OTAN en Kosova estribaba en controlar materialmente los Balcanes. El argumento creo que es débil por dos razones. La primera es que Kosova es dentro de los Balcanes un territorio con un valor geoestratégico bastante reducido. Acaso es el menos interesante, si tengo que exagerar, de los espacios geográficos de los Balcanes. Pero es que si la OTAN hubiese estado realmente interesada en aquilatar su presencia material en los Balcanes lo suyo es que en 1997 hubiese aceptado las candidaturas que esgrimieron dos estados de la región, me refiero a Eslovenia y a Rumania, o que en un año como el presente hubiese acelerado los trámites de incorporación de países como Albania o Macedonia. Lo cierto es que la OTAN no lo ha hecho. Se ha sugerido también que el objetivo de fondo de las acciones de la OTAN estribaría en poner fin a un experimento de economía socialista como el que con arreglo a esta versión conspiratoria perviviría en la Serbia de Milosevic. Quienes defienden semejante tesis prefieren ignorar lo que es la Serbia de Milosevic: uno de los más granados modelos de capitalismo salvaje, que no ha dudado por cierto en enajenar buena parte de la riqueza colectiva del país a potencias foráneas entre las cuales se encuentran Grecia, Italia y Alemania. Creo que a duras penas uno entendería que el objetivo de fondo de una acción militar en regla como la desarrollada a partir de marzo de 1999 respondiese a aniquilar un experimento económico que no es sino el de un capitalismo salvaje muy común, por cierto, en la Europa central y oriental contemporánea. Se ha dicho también, en tercer lugar, que el propósito de fondo de las acciones militares de la OTAN habría estribado en cercar a Rusia con la vista puesta en controlar las materias primas energéticas extraídas fundamentalmente del mar Caspio. Yo creo que con un presidente entregado a una orgía de consumo alcohólico desde hace tantos años, con unos asesores claramente vinculados a los intereses de las multinacionales occidentales, no deja de ser una ironía que lleguemos a sostener que una acción militar en Kosova va a poner en peligro el control que las potencias occidentales están desarrollando ya sobre las

materias primas energéticas de la Federación Rusa. De nuevo invoco, además, un argumento geoestratégico: qué necesidad tienen las potencias occidentales, que cuentan con aliados regionales de tanto relieve como Turquía, Grecia, Bulgaria o Rumania, de desarrollar una acción militar en Kosova con la vista puesta en cercar a Rusia. Un cuarto argumento que se esgrimió en su momento venía a decir que a duras penas podía ser casual que los bombardeos de la OTAN coincidiesen cronológicamente con la instauración del euro, o con el proceso de gestación de la moneda única; y al respecto se citaba que muy probablemente esos bombardeos respondían al propósito norteamericano de cortocircuitar el proceso de Unión Monetaria europea. Al respecto se citó en particular el dato innegablemente relevante de cómo el euro bajó en su cotización en comparación con el dólar. En este caso el argumento, como todos los anteriores, sin duda que esgrime datos materiales. No estoy negando que las potencias occidentales tengan interés en controlar los recursos energéticos del Caspio, ni estoy negando que exista una competición intercapitalista que aconseja a los Estados Unidos poner trabas al proceso de Unión Europea, lo que me pregunto es: por un lado si este dato fundamental que se esgrime, el descenso del euro en comparación con el dólar, no ha sido sino un dato provisional que parece que lo es; como me estoy preguntando si los dirigentes europeos son tan extremadamente tontos como para no percatarse de la textura de fondo de la política norteamericana. Ya sé que la respuesta es que en muchos casos si lo son; tenemos ejemplos palmarios muy próximos. Pero acaso algunos no son tan tontos. Se ha dicho también, por citar un último argumento, que los Estados Unidos a principios de este año tenían un gravísimo superávit en su sector público y que precisaban destinar esos recursos a algún menester. La verdad es que de nuevo el argumento se me antoja un tanto pillado; yo no creo que Clinton sea tan imbécil de pensar que su sucesor en la Casa Blanca va a seguir siendo un "demócrata" porque se lancen unas bombas en Kosova. Lo más fácil es que el superávit correspondiente lo dedicase a construir escuelas, o acrecentar las pensiones de los ancianos, algo que me imagino entra mucho más en la lógica de las competiciones electorales.

Acabo de subrayar el peso de 4 o 5 visiones que he calificado de conspiratorias; me interesa volver un momento sobre su condición ontológica. Quiero llamar la atención sobre el hecho de que yo no niego los argumentos que están en el trasfondo de estas visiones conspiratorias. Lo que se me antoja difícil es situar estas visiones en el escenario concreto de Kosova; no explican la intervención de la OTAN en Kosova, incorporan datos que están naturalmente en las relaciones internacionales del planeta, y generan la ilusión mágico-fenomenica de que se vinculan con una acción de la OTAN en Kosova, sin precisar de un esfuerzo concreto de argumentación de porqué existe una relación entre una cosa y la otra.

La cuarta observación que quiero hacer puede convertirse en una de sus dimensiones en un agregado más de argumentos que incitan a recelar de la intervención de la OTAN en Kosova. Me refiero a los problemas pendientes de solución; y digo que pueden convertirse en un argumento porque creo que es legítimo esgrimir la tesis de que hoy los problemas en Kosova son, como poco, tan enjundiosos como los que existían antes de los bombardeos de la OTAN. Permítanme que haga un repaso de los que entiendo son problemas fundamentales.

El primero es el del retorno de la población albanokosovar, que se vio obligada en centenares de miles de personas a cruzar las fronteras de Macedonia, de Albania y de Montenegro entre marzo y junio. Ese problema es muy enjundioso porque lo que han encontrado en muchos casos estas personas al regresar a sus hogares es que sus hogares ya no existían. Es tanto más enjundioso en cuanto que la ayuda económica proporcionada por el mundo occidental está llegando en sumas infinitamente menores que las esperadas, lo cual aconseja pensar que si a ello le agregamos el caos generado por la abolición de la condición autónoma de la provincia en 1989, los problemas económicos van a ser muy difíciles de resolver en el horizonte inmediato.

Una segunda cuestión conflictiva es la huida de la población correspondiente a las minorías residentes en Kosova, y singularmente a serbios y gitanos, para quienes creemos que el conflicto de Kosova no puede resolverse en tanto en cuanto no se reconstruya con todo su vigor el peso de las relaciones multiétnicas. Éste es un problema gravísimo. Además sospecho que no hay razón alguna para que la mayoría de la población serbia abandone el país. En la retórica del movimiento de desobediencia civil albanokosovar, los serbios autóctonos de Kosova nunca han sido un problema en su relación con la mayoría albanesa; el problema llegaba de la mano de los contingentes militares y policiales que llegaban de fuera o de los colonos que se iban instalando en virtud de políticas tramadas oficialmente. El retorno de los serbios a Kosova, de quienes se hayan marchado, y debo recordarles que las estimaciones al respecto son muchas y muy dispares, creo que es una segunda tarea prioritaria.

Un tercer problema, tanto o más enjundioso que los anteriores, es el del entramado institucional que debe cobrar cuerpo en Kosova; al respecto me limitaré a llamar la atención sobre dos circunstancias que entiendo fundamentales. La primera es que el acuerdo de paz suscrito en el mes de junio entre la OTAN y el régimen serbioyugoslavo no fue consultado con representantes de la resistencia albanokosovar. Creo que a duras penas estos últimos se hubiesen avenido a firmarlo conscientes de que ese acuerdo de paz no implicaba ningún compromiso con el derecho de autodeterminación. Es más, y esto es importante de recordar, en Rambouillet hubo un compromiso vaguísimo con ese derecho en la medida en que se anunciaba la idea de que una vez transcurridos los 3 años de normalización en la vida kosovar, se abriría camino una conferencia donde se discutirían todas las materias imaginables. Esa conferencia desapareció de los compromisos contraídos en el acuerdo de junio, con lo cual, la comunidad internacional no reconoce en modo alguno un derecho de autodeterminación que es condición inalienable para la resistencia albanokosovar en todas y cada una de sus modulaciones. Esto, por fuerza, va a acabar por convertirse en un problema una vez que el protectorado internacional empiece a diluirse en beneficio de una administración por la propia población. El segundo de los problemas es el de la eventual confrontación entre las dos principales fuerzas políticas que hoy se dibujan en Kosova: la Liga Democrática y la fuerza política que está por detrás del UCK, algo que a buen seguro generará problemas en virtud de las eventuales disensiones con respecto a cuestiones cruciales de futuro.

El cuarto de los escenarios problemáticos es el vinculado con lo que está llamado a ocurrir en Serbia. Lo cierto es que cuando los meses van pasando, el pronóstico empieza a ser cada vez más favorable para la preservación en el ejercicio del poder del presidente Milosevic. Ha conseguido mantener el gobierno de coalición en el que estaban presentes los radicales de Seselj y ha conseguido hacer frente a la contestación que llegaba de tres polos distintos: la iglesia ortodoxa, otrora claramente alineada con Milosevic, pero hoy cada vez más alejada de sus proyectos, las fuerzas armadas, que no han sido el agente que ha asestado un golpe de estado que algunos analistas anunciaban, y una oposición muy débil, muy cuarteada, que acaso reproduce por desgracia muchos de los términos del discurso nacionalista agresivo y xenófobo que se ha hecho valer desde el gobierno. La situación económica, es cierto, resulta extremadamente delicada, y esto puede convertirse en un freno objetivo para los designios de Milosevic en el sentido de mantenerse en el poder, pero en cualquier caso los pronósticos me temo que anuncian como mucho más fácil la preservación del régimen de Milosevic que el hundimiento repentino y sorpresivo de este último.

Un quinto cuerpo de problemas lo configura esa conflictiva tensión que sigue existiendo dentro de la Federación yugoslava realmente existente entre Serbia y Montenegro. Como ustedes saben, Montenegro inició años atrás un camino hacia una progresiva independización de los designios y de las instrucciones que llegaban desde Serbia y algunos analistas hacen pensar que podría buscar francamente el camino de



la independencia, algo que conforme también a determinadas lecturas de los acontecimientos podría provocar una intervención del ejército serbio-yugoslavo encaminada a poner freno al procedimiento.

El sexto y último plano de las incógnitas es el de los efectos que todos los problemas que acabo de mencionar están llamados a generar sobre los países limítrofes, y en particular sobre Albania, Macedonia y Bosnia-Herzegovina. ¿Por qué sobre Albania? Porque Albania sigue siendo un país en el que el Estado apenas existe, en el que la desestructuración social es tan aguda que cualquier efecto dominó podría traer consecuencias nefastas. ¿Por qué Macedonia? Porque Macedonia es un país donde las políticas oficiales, que no son tan benignas como retratan nuestros medios de comunicación, se han asentado en la visible conculcación de algunos derechos básicos de las minorías, y en singular de la minoría albanesa, conculcación que entiendo está yendo a más en virtud del despliegue de un discurso paneslavo cada vez más claro a través de las autoridades macedonias. ¿Y por qué en Bosnia-Herzegovina? Pues porque Bosnia-Herzegovina es hoy un castillo de naipes trenzado en torno a un Tratado de Dayton que no ha acabado por configurar un Estado que merezca tal nombre, sino más bien dos entidades visiblemente llamadas a ser satelizadas desde las dos grandes potencias, Serbia y Croacia. Acabo de hablar por cierto de Croacia; aunque Croacia nos queda un poco más lejos, el hecho de que su presidente -esta lamentable figura de Franjo Tudjman- se encuentre en estado terminal puede abrir horizontes halagüeños en Croacia, pero también abre incógnitas con respecto al futuro.

Creo que la simple consideración de estos seis problemas que acabo de mencionar obliga a llegar a la conclusión de que el panorama hoy no es necesariamente más generador de estabilidad, de democracia y de convivencia multiétnica que lo que lo era antes de los bombardeos de la OTAN.

La quinta y la penúltima de las observaciones que quiero hacer me obliga a llamar la atención sobre lo que estimo son los horizontes teóricos de futuro para Kosova. Y subrayo lo de teóricos. No voy a entrar en una disquisición de cuál de estos horizontes es más probable que los otros. Me voy a limitar a trasladar en el plano de la pura teoría cuáles son los escenarios que uno puede imaginar del derrotero de los acontecimientos. El primero de los escenarios es aquel contemplado en la retórica de los principales agentes de la política internacional contemporánea, el plasmado en ese acuerdo de junio suscrito por la OTAN con el régimen serbio-yugoslavo que contempla, como ustedes saben, la restauración de la autonomía abolida en Kosova en 1989. Si Milosevic se mantiene en el poder creo que es obligado reconocer que este proyecto está lleno de trampas. Acaso lo que la OTAN nos está diciendo es que concibe como un futuro razonable para Kosova la restauración de una condición autónoma que dejaría en manos del gobierno serbio-yugoslavo una amplia capacidad discrecional; que dejaría en manos de los mismos que abolieron en 1989 la condición autónoma de Kosova el derrotero futuro del país. Creo que esta es una perspectiva inquietante, que forma parte, lo queramos o no, de una de las posibilidades reales del desarrollo de los hechos. Pero muchas veces he subrayado otra de las dimensiones vinculadas con el mismo problema: Serbia, en 1989, era una república que formaba parte de un Estado federal notabilísimamente descentralizado. Serbia a partir de 1989 es un Estado unitario hipercentralizado y hay que explicar cómo casa en el marco de un Estado unitario hipercentralizado la restauración de la condición autónoma de una provincia que implica derechos democráticos de autogobierno para esa provincia. He contado varias veces que esto remite muy probablemente a un ejercicio de política ficción. Imagínense que en 1960 se hubiese producido un auge notabilísimo del nacionalismo catalán que hubiese puesto en un brete al régimen del general Franco y que la respuesta de la comunidad internacional por aquel entonces hubiese estribado en demandarle al general Franco que restaurase el vigor del Estatuto de Autonomía presente en Cataluña durante la II República española. La

conclusión estaría servida: cómo se restaura un Estatuto de Autonomía que implica derechos democráticos de autogobierno en el marco de una dictadura militar como el régimen del general Franco. Pues este problema puede abrirse camino dentro de poco tiempo en el escenario Kosovar al amparo de la simple restauración de la condición autónoma abolida en 1989.

El segundo de los proyectos teóricamente imaginable es el vinculado con la conversión de Kosova en la tercera parte integrante del Estado federal realmente existente. Me explico. La Yugoslavia que hoy existe la configuran dos partes: Serbia y Montenegro. Con arreglo a este proyecto se trataría de convertir a Kosova en una tercera parte integrante del Estado federal que en adelante estaría compuesto por Serbia, Montenegro y Kosova. Sobre el papel, ésta es una idea que tiene algunos elementos sugerentes, por un lado acrecentaría sensiblemente las capacidades de autogobierno de Kosova, y por otro, cabe suponer que tranquilizaría a determinados sectores de la opinión pública en Serbia que se verían medianamente reconfortados porque Kosova seguiría formando parte de la federación yugoslava realmente existente. Los problemas sin embargo parecen muchos. El primero se deriva del hecho de que a los ojos de las visiones dominantes del nacionalismo serbio contemporáneo, la condición de Kosova como territorio serbio no es negociable, ni siquiera aún a costa de que se reconociese la condición de territorio yugoslavo para Kosova. Digamos que Kosovo, a los ojos de estas versiones, está tan claramente incardinado en el proyecto serbio que la simple renuncia a ese dato sería rechazable. Un segundo problema es que en buena ley la conversión de Kosova en la tercera parte integrante de la federación Yugoslava llevaría aparejado un reconocimiento del derecho de autodeterminación para la región, algo que es rechazado de nuevo por las versiones dominantes en el nacionalismo serbio. En este caso, y conforme a algunos analistas, hay una tercera fuente de oposición que no es otra que Montenegro, y en este caso muy probablemente el argumento remite a mezquinos porcentajes de influencia. En muchas de las instancias de la Federación yugoslava realmente existente, Serbia y Montenegro detentan paritariamente la mitad de los votos, de los escaños o de lo que fuere. Si Kosova se convirtiese en la tercera parte integrante de esa federación, ya no le correspondería a Montenegro la mitad que le toca en muchos de esos repartos sino que solamente 1/3 parte, con lo cual su teórica capacidad de influencia quedaría sensiblemente rebajada. Fuesen las cosas como fuesen yo debo subrayarles que este proyecto, que tiene en parte alguna virtud, no forma parte hoy de ninguno de los proyectos que se están discutiendo en serio. El tercer horizonte imaginable es el vinculado con la partición de Kosova. Les pido que se detengan un momento a reflexionar sobre este horizonte porque sospecho que es aquél que tiene más visos de hacerse valer con el tiempo en la realidad. He dicho muchas veces en los últimos meses sin poder confirmarlo con datos concretos que mi intuición cuando el ejército yugoslavo procedió a desarrollar políticas de activa represión en Kosova a partir del mes de marzo era que esas operaciones se encaminaban a limpiar étnicamente ante todo una parte del país, la parte más occidental, en la que se encuentran, dicho sea de paso, las codiciadas minas de zinc de Trebza y algunos de los monasterios ortodoxos más valiosos. Fíjense que por detrás de uno y otro concepto están las dos cosmovisiones que a buen seguro inspiran los movimientos de la elite dirigente en Serbia, un nacionalismo historicista preocupado por la preservación de los recintos históricos, y un nacionalismo muy pragmático, concesivo cuando conviene, más bien preocupado por la preservación de las minas de zinc.

El presidente Milosevic se inserta claramente en la segunda de las visiones. Sería un crasísimo error entender que es un nacionalista esencialista preocupado por ejemplo por el hecho de que la nación serbia hubiese visto la luz en virtud de la batalla de Kosovo-Polje en 1389. A Milosevic esto le entra por un oído y le sale por el otro. A Milosevic lo que le preocupa es preservar su chiringuito de capitalismo mafioso y, si es preciso hacer concesiones, las hará. Pero muy probablemente hace tres semanas ya llamé la atención sobre el hecho de que detrás del conflicto de Kosova en su textura

actual hay un grave problema demográfico: el crecimiento vegetativo de la población albanesa es claramente más alto que el que muestra la población serbia. De tal suerte que si Kosova sigue siendo parte de Serbia y de la Federación yugoslava realmente existente, dentro de 20, 30 o 40 años, existe una clara posibilidad de que los albaneses sean mayoría de la población, no solamente en Kosova, que lo son ya, sino en el conjunto de Serbia y en el conjunto de la Federación Yugoslava, algo que es un problema muy difícil de tragar para quienes han pujado en estos últimos años por la gestación de un estado étnicamente homogéneo. En esas condiciones, a los ojos de políticos como Milosevic se impondría un proyecto de franca partición de Kosova que vieses permitir en su caso la gestación de un Estado albanés a cambio de preservar una parte significativa del territorio que muchos de los pronósticos sitúan en la franja más occidental del mismo, en la linde con Montenegro.

El cuarto y último de los horizontes teóricos no es otro que el derivado del reconocimiento del derecho de autodeterminación. Si nos guiamos por los resultados de las encuestas practicadas en los últimos años es evidente que la mayoría de la población albanokosovar, lo que es lo mismo que decir la mayoría de la población kosovar, se inclinaría por la secesión con respecto a Serbia. Ahora bien, no están tan claras las cosas si la pregunta concreta es: "en beneficio de qué proyecto específico se inclinaría el voto final"; un Estado Kosovar independiente es una opción, un Kosova integrado en una Albania unificada es otra. Si nos guiamos por la opinión mayoritaria en las fuerzas políticas albanokosovares en los últimos años habrá que convenir que el primero de los horizontes es aquél que defendía un estado kosovar independiente. La Liga Democrática de Kosova ha defendido un Estado kosovar independiente que sirva por vez primera de puente entre dos países atávicamente enfrentados como son Serbia y Albania, con fronteras abiertas y permeables, un Estado desmilitarizado en el que se aplicasen fórmulas de cantonalización y en el que, llegado el caso, pudiesen aplicarse también fórmulas de extraterritorialidad que permitiesen por ejemplo que esos monasterios ortodoxos situados en el sur del país siguiesen siendo política y jurídicamente territorio serbio. Pero es verdad que lo ocurrido en los meses siguientes al ataque de la OTAN, y muy singularmente lo ocurrido al amparo de la innegable solidaridad que la población albanesa demostró para con los refugiados albanokosovares, han crecido las apuestas que aconsejan considerar la posibilidad de una reunificación. Los problemas de esa reunificación son sin embargo muchos. Uno de ellos estriba en al diferencia de desarrollo económico entre Kosova y Albania. Pese a ser Kosova la parte más pobre de la vieja Yugoslavia, es un país más desarrollado y más próspero que Albania, algo que cabe suponer se convertiría en una fuente de problemas en la relación bilateral. A los ojos de muchos ciudadanos albaneses, las elites políticas y económicas albanokosovares son, voy a decirlo en el plano coloquial, muy espabiladas, con lo cual existiría el riesgo de que de verificarse esa unificación, lo que se abriese camino fuese un claro control por parte de las elites albanokosovares del Estado albanés. Al margen de lo anterior existe el problema sempiterno de los clanes; los clanes dominantes en Kosova han mantenido históricamente una relación fluida con los clanes dominantes en la parte septentrional de Albania, que son los clanes que auparon al partido democrático de Sali Berisha. El hecho de que Berisha fuese desplazado del poder en virtud de la crisis de 1997 ha colocado en la dirección del aparato del Estado en Albania a clanes meridionales cuya relación con los dominantes en Kosova es mucho menos fluida, algo que según los pronósticos de muchos analistas acabará por convertirse en un obstáculo para un proceso fluido de unificación entre Kosova y Albania.

En mis últimas observaciones vuelvo a la cuestión de la Otan. Hace unos meses aquí mismo tuve la oportunidad de recordar que acaso el legado más enjundioso y el menos halagüeño de lo acontecido entre marzo y junio no fue tanto lo ocurrido en un escenario concreto como Kosova o en Serbia o en Montenegro, sino lo acaecido en el marco de una cumbre que la OTAN celebró a finales del mes de abril en Washington con el propósito de celebrar su 50 aniversario. Entonces ya subrayé y aquí me limitaré

a trasladar el mismo argumento, que esa cumbre llegó a dos decisiones dramáticas. En virtud de la primera, la OTAN anunció su designio de reservarse un derecho prácticamente ilimitado de intervención sin necesidad de recurrir a una resolución específica del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, invocando simplemente el espíritu de la Carta de Naciones Unidas, que como pueden imaginar es un documento vaporoso donde los haya. La OTAN, en lenguaje más llano, nos estaba diciendo “en adelante intervendremos allí donde nos plazca”. La segunda de las decisiones adoptadas en el marco de esa cumbre de abril lo que pretendía gestar era lo que en teoría se antojaba un mecanismo limitador de esa tensión intervencionista. La OTAN ideó un ingeniosísimo término, el de zona euroatlántica, que debía describir el ámbito concreto de sus posibles acciones militares. Muchas veces he llamado la atención sobre la condición ingeniosa de ese término. Si nos guiamos por su condición literal, en la zona euroatlántica están nada menos que tres continentes: Europa, África y América. Si nos guiamos además por la doctrina oficial de la OTAN, a esa superficie ya de por sí gigantesca hay que agregar la correspondiente al territorio asiático de la Federación Rusa, Siberia, con lo cual tenemos también la mitad septentrional del continente asiático incorporada a la zona euroatlántica. Muchas veces he dicho que en un debate con mis alumnos en la Universidad Autónoma de Madrid sobre estas cosas se me ocurrió decir con ironía que lo único que uno podía afirmar con solvencia era que Australia y Nueva Zelanda no formaban parte de la zona euroatlántica. Pero un alumno más avisado que yo me replicó que no fuese ingenuo, que eran dos Estados miembros de la Commonwealth, que por esa vía acabarían por incorporarse también a la zona euroatlántica. El término, en otras palabras, era otra estafa más porque apenas permitía establecer criterios racionales de delimitación de las áreas de intervención de la OTAN .

Frente a una tesitura tan crítica, yo creo que éste es el momento de subrayar que nuestra posición es muy precaria porque los movimientos de respuesta han sido escasísimos, y ya no me refiero a los nuestros, que doy por descontado que lo serán, sino a los movimientos de las instancias oficiales. Hay dos grandes clavos ardiendo a los cuales buena parte de nuestra izquierda ha decidido agarrarse. El primero de esos clavos no es otro que el clavo de la OTAN. Yo todavía estoy esperando unas declaraciones contundentes del señor Kofi Annan encaminadas a desmentir el sentido de fondo de la resolución adoptada por la OTAN en su cumbre de abril. Creo que la resolución adoptada era un torpedo en la línea de flotación del sistema entero de Naciones Unidas y sin embargo no escuchamos al Secretario General diciendo esta boca es mía. Esto creo que tiene una explicación sencilla: seríamos muy ingenuos si pensásemos que la ONU es un agente neutro que nada tiene que ver con los intereses de las grandes potencias. Ese dramático derecho de veto que pervive obliga a llegar a la conclusión contraria, tanto más cuanto que los proyectos de reforma del sistema Naciones Unidas que parece van ganando terreno apuntan no precisamente a la abolición del derecho de veto sino a la ampliación del número de Estados con ese derecho. El segundo de los clavos ardiendo no es otro que el que ofrece la Unión Europea. Nuestra izquierda tontorróna viene repitiendo desde hace años una monserga en virtud de la cual se sugiere que el grueso de nuestros problemas desaparecerá el día que la defensa europea se emancipe de la tutela de los caprichos y de las imposiciones de los Estados Unidos de Norteamérica. Naturalmente que esa es una tarea necesaria y honrosa, pero quiero subrayar que no es una tarea suficiente. Yo puedo imaginarme perfectamente que la Unión Europea emancipa su política exterior, de seguridad y de defensa y que esa política exterior, de seguridad y de defensa sigue siendo tan mezquina y tan misérrima como lo es hoy. Creo que quienes sostienen lo contrario están ignorando lo que es la Unión Europea realmente existente y están pensando que la Francia de Chirac, la Alemania de Schroeder, el Reino Unido de Blair o la España de Aznar representan un modelo más benigno, generoso, comprometido con la causa de la libertad y la justicia que el que representan los Estados Unidos de Norteamérica. Sospecho que ésta es una gigantesca superstición. Nuestra Unión Europea es tan mezquina como los Estados Unidos en el tratamiento

de los problemas que le interesan, y es uno de los agentes fundamentales, dicho sea de paso, en la sustentación de este dramático principio del doble rasero que aconseja castigar a nuestros enemigos pero aconseja guardar silencio o dar palmaditas en el hombro cuando nuestro amigo Yeltsin decide llevar adelante una operación genocida en Chechenia.

Suelo rematar estas observaciones, y lo haré también ahora, con una frase de Chesterton que a mí me pareció muy ingeniosa siempre, aplicada al matrimonio y que yo sostengo que es de aplicación estricta a la OTAN de nuestros días. La frase decía “el matrimonio es una institución ideal para resolver un sinfín de problemas que no existirían si no existiese el propio matrimonio”. Yo sospecho también que la OTAN es una alianza ideal para resolver un sinfín de problemas que no existirían si no existiese la propia OTAN. Muchas gracias por escucharme.